

Pedro Pablo Salvador Hernández
Universidad de Castilla-La Mancha



“Módulo de Interculturalidad”

***E**l autor*

Pedro Pablo Salvador Hernández es antropólogo, profesor de antropología Simbólica de la Universidad de Castilla-La Mancha y actualmente realiza un doctorado en antropología sobre salud popular comparada entre España y Bolivia. Trabaja como Coordinador del Área de Voluntariado de la Fundación Castellano-Manchega de Cooperación. Su afición por la fotografía surge de la necesidad de documentar etnográficamente sus investigaciones, por lo que su mirada se puebla del extrañamiento del etnólogo y de la implicación de una persona comprometida con el cambio social.

***T**extos*

Todos los textos son fragmentos de “Módulo de Interculturalidad” escrito por Pedro Pablo Salvador Hernández en el “Manual de formadores en Voluntariado de Castilla-La Mancha” coordinado y dirigido por el mismo autor y publicado por la Consejería de Bienestar Social de Castilla-La Mancha con la colaboración de la Fundación Castellano-Manchega de Cooperación.



“Un mono estaba en un árbol observando cómo un riachuelo se había desbordado. En un pequeño charco de agua formado por el rebosamiento, un pobre pez nadaba con dificultad y, a duras penas, lograba mantenerse vivo. El mono, afectado por sus penalidades, decidió ayudarlo. Ni corto, ni perezoso, le sacó del agua para que respirara mejor. El pez murió... Para ayudar a los demás no basta con las buenas intenciones, un diagnóstico intercultural nos permitiría tomar conciencia de las necesidades del otro. Juzgar la cultura ajena desde el punto de vista propio se denomina “etnocentrismo”, en el caso que nos ocupa... mono-centrismo.”



“Ante la situación de hambruna en un país africano, una ONGD española decidió recaudar fondos y enviar leche como alimento para paliar la situación de escasez sufrida. Cada vez que el camión con el logotipo de la ONGD llegaba al lugar era apedreado por los habitantes locales para sorpresa de los benefactores. Una cultura con intolerancia a la lactosa padece entre sus miembros unas diarreas terribles al consumir productos lácteos, en especial leche. Los aborígenes lo último que querían, tras la hambruna, era tener más problemas intestinales. La competencia cultural de la ONG era nula y la ayuda humanitaria estaba mal planificada e identificada. Con una formación adecuada en interculturalidad, se podría haber evitado este problema”





“La antropóloga Luisa Abad, al visitar un hospital en Madrid, descubrió a un anciano que estaba ingresado en la unidad de psiquiatría por problemas mentales. Ante su sorpresa, comprobó que simplemente era quechua hablante y nadie en el sistema sanitario había detectado su incapacidad de comunicación en castellano. Naturalmente, fue sacado del hospital e integrado en un centro adecuado a sus necesidades.



Con estos ejemplos, un poco al límite, quiero poner de manifiesto que podemos entrar a formar parte del *cártel de las buenas intenciones* con facilidad si no consideramos previamente *al otro* y si no reflexionamos sobre qué es esto de la cultura y su papel crucial en los proyectos de carácter social.”





“Empecemos por el principio. Oímos con asiduidad que un hombre es muy culto, que una profesora es muy culta, que una persona tiene mucha cultura, etc. Con ello nos referimos al *concepto estricto de cultura*, según el diccionario: “Conjunto de conocimientos que permite a alguien desarrollar su juicio crítico”. Es decir, saber de arte, de ciencia, de política, de temas de actualidad, de historia clásica, etc. Muy bien, esto no nos interesa, porque en el concepto de cultura que maneja la antropología (la ciencia de la cultura), un albañil o un fontanero tiene *tanta cultura* como un catedrático en lenguas clásicas o un miembro de la Real Academia de la Lengua. Es el *concepto de cultura en sentido amplio*”



“Decía Sir Edward B. Tylor en 1871 que la cultura es “*aquel todo complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, el derecho, las costumbres, y cualesquiera otros hábitos y capacidades adquiridos por el hombre como miembro de la sociedad*” (Tylor, 1871: 1). Esto significa que la cultura ya no es patrimonio de unos pocos, sino algo que compartimos todos los humanos y, atención, muy importante, se hereda. Se transmite: “como miembros de la sociedad”.





Explicaba el filósofo inglés John Locke que cuando venimos al mundo somos como un “gabinete vacío”, como un armario sin nada dentro, somos personas con una mente virgen en contenido. Es la educación y el proceso de socialización (enculturación) el que nos transmite los conocimientos. Y todos, *todos* tenemos cultura. O acaso no tenemos valores, creencias, vivimos en un hogar con elementos materiales, estamos inmersos en un sistema político, económico, sujetos a unos patrones de parentesco, disponemos de un idioma, etc. Efectivamente todo eso es cultura.”



Carlitos Marx entretenido en el análisis de los medios de producción, dio una pista a los futuros antropólogos sobre como abordar el contenido de la cultura. O sea, cómo clasificar unas tijeras, el matrimonio, un sindicato, una misa, un libro, un juicio,... porque *todo es cultura* o lo que es lo mismo, todo es producción humana. Para ello, nos dio tres conceptos: infraestructura, estructura y superestructura. El *patrón universal* es el método para recoger los datos de la cultura y organizarlos:

Infraestructura: Son elementos palpables, son las tecnologías que usamos en nuestra vida diaria. Afectan al sistema de producción y de reproducción (sostenimiento) de la sociedad. Por ejemplo, unas tijeras, un arado, un ordenador, un libro, la ropa, todo lo material en general.



Estructura: Es la forma de organizarse cada sociedad, ya sea institucionalmente, a través del parentesco, la organización política económica, etc. Por ejemplo, el matrimonio, los partidos políticos, el sistema educativo, la estructura familiar, etc.



Superestructura: Es lo mental, lo que está en nuestras cabezas. Las creencias, los valores, el sentido de belleza, los símbolos, la ciencia, al arte, los significados, etc.



Ya tenemos, por tanto, una forma de entender la cultura como algo democrático (todos tenemos cultura) y nos hemos apoyado en Marx para poder clasificar la cultura en diferentes niveles. Pasemos a utilizar algunas metáforas, herramientas privilegiadas del aprendizaje, para ahondar un poco más en la idea de cultura.





Una poderosa metáfora para comprender la cultura es entenderla como un iceberg.

Un iceberg tiene una parte visible (la emergente) y una parte invisible (la sumergida). Como todos recordamos, aunque sea por la película Titanic, la parte invisible es mucho mayor que la visible, y de hecho por eso se hundió el barco, porque pasó junto al bloque de hielo, dañando al casco la parte sumergida. Con la cultura sucede lo mismo. Puede concebirse con una parte visible, que es aquella que vemos nada más llegar a un nuevo país, lugar, o destino; y una parte invisible, que es aquella que no percibimos inicialmente y que requiere un tiempo de inmersión cultural para poder visualizarla.



¿Qué es lo primero que observamos al llegar a un país? Lo visible, claro: el vestido, la alimentación, los saludos, los gestos, su arte, las ceremonias, su música, el lenguaje, la gastronomía, la arquitectura, etc. Sobre todo elementos de la infraestructura y algunos pocos de la estructura. ¿Qué no vemos? El concepto de belleza, de amistad, de justicia, de higiene, de tiempo, de autonomía, de verdad, de educación, del espacio, la idea de toma de decisiones, su religión, su estructura familiar, la organización social, los símbolos, la concepción de los rituales, etc. Básicamente, elementos de la superestructura y algunos de la estructura.

Eso es lo que nos sucede en el encuentro cultural. Tendemos a valorar y juzgar *al otro* por lo que vemos (la punta de iceberg) y no nos damos cuenta de que como ser completo, también posee una parte invisible, con su experiencia, sus valores, sus costumbres, su educación, su fe. Y por ello, caemos en el estereotipo que luego abordaremos. Y por ello, por ese pre-juicio: tendemos a hacernos una idea equivocada de personas y extenderlo a culturas completas. Si mantenemos la imagen del iceberg en la interacción con el otro, habremos dado el primer paso para conseguir el diálogo intercultural. Si nos quedamos en la superficie, nuestra relación está condenada a la superficialidad en el caso más optimista.

Pero, ¿para qué sirve la cultura? La cultura nos sirve para vivir, para relacionarnos, para poder coexistir como seres sociales. Desde una perspectiva muy biológica, nada más y nada menos que para sobrevivir. Podemos jugar a las metáforas de nuevo y seguir pensando, aunque sea sólo en lo mental, que la cultura se asemeja a un programa informático, que nos permite llevar una vida normal. Con nuestro programa cultural podemos relacionarnos con los demás, podemos comunicarnos, comer cada día, orientarnos en un territorio, encontrar pareja, salir a tomar unos refrescos, etc. Sin embargo, ese programa, como con los dichos ordenadores, puede fallar.

“Simplificando mucho, los valores son “la expresión de una preferencia”. Son algo que preferimos a otra cosa. Pero cuidado, todo el mundo tiene valores, Hitler tenía valores, Stalin tenía valores, la madre Teresa de Calcuta tenía valores y Martin Luther King tenía valores. Sólo que unos eran socialmente indeseables y destructivos y otros, eran positivos y enriquecedores para la mayoría. Hemos de ser cautos, entonces, cuando hablamos de Educación en Valores. ¿Qué valores son los que queremos transmitir como formadores? ¿Solidaridad, justicia, paz, egoísmo, racismo, consumismo...?”

En cualquier sociedad, los valores son una guía para la conducta y para la explicación de la acción de los demás. No obstante, los valores, aunque les pese a muchos, *no* son universales, varían en función de la cultura y del contexto social. Eso que llamamos “sentido común” no existe de manera general. El sentido común es una construcción cultural, una invención humana en el contexto de cada cultura. Por ejemplo, los valores de sacrificio, entrega, trabajo quedan desarticulados por sociedades hedonistas, más implicadas en vivir el presente, y con unas preferencias que muestran cómo tratan de trabajar lo menos posible y disfrutar lo más posible de la vida en comunidad. Como por ejemplo algunas sociedades amazónicas. Lo que para un esquimal puede ser de sentido común, quizás no lo sea para un bosquimano, y pertenecerá al campo de sus respectivos valores.



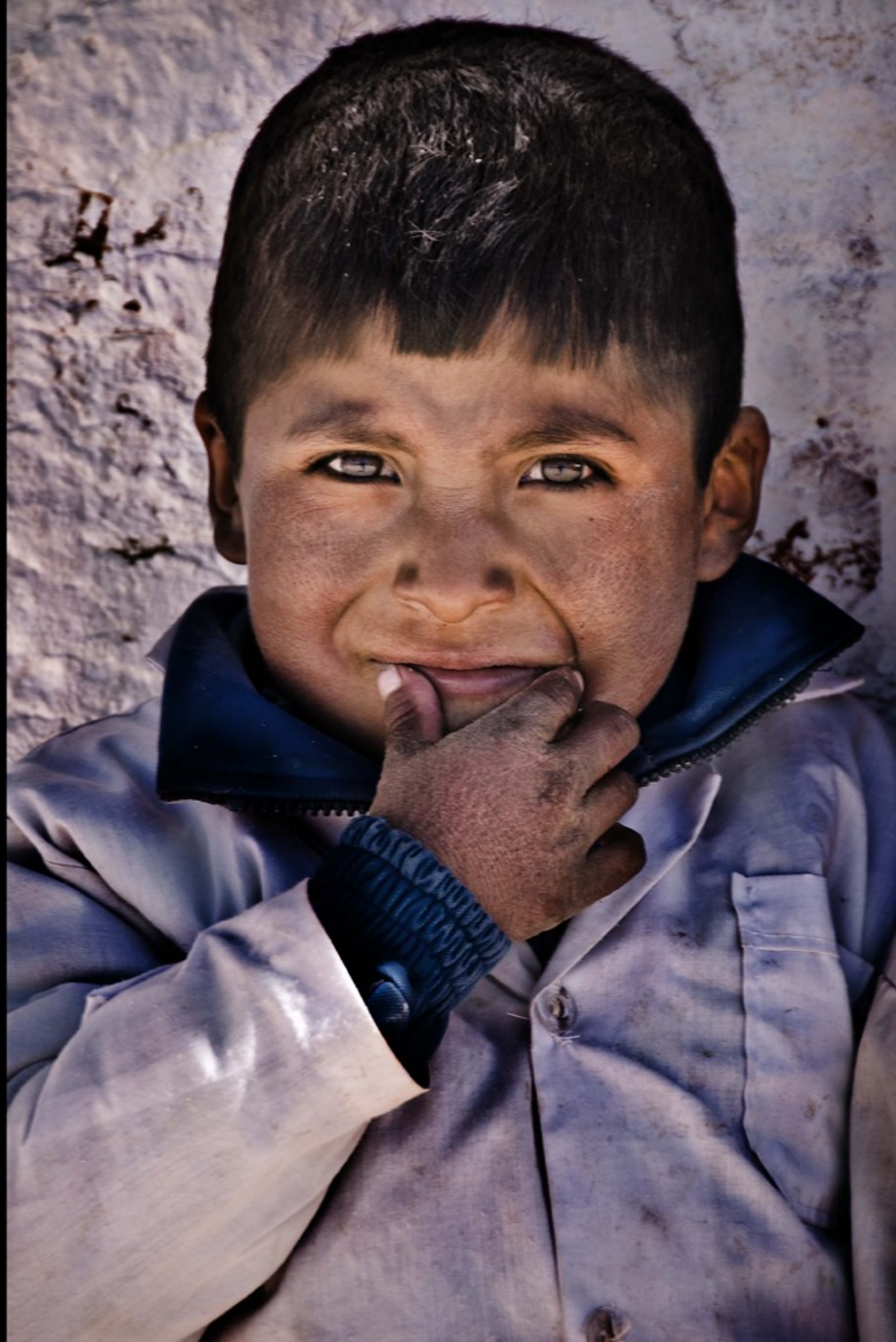


1





Normalmente, los valores fundamentales de una sociedad definen un ideal u óptimo de prácticas adecuadas o apropiadas, al que los individuos y los grupos intentan acercarse con sus conductas, con el propósito de ser aceptados y reconocidos, para mantener o acrecentar su reputación. Tal configuración de valores es, por tanto, congruente con un determinado orden social. Los valores no sólo orientan la conducta, y le prestan un significado, sino que en cierto modo tienden a garantizar un resultado. Esto se consigue mediante la actuación de la “opinión pública”, instrumento primordial de control social en las sociedades más simples y de menor tamaño.



Los estereotipos son representaciones colectivas de un grupo cultural que sirven para caracterizar a otro grupo cultural. Por ejemplo, italiano - ruidoso o japonés - trabajador. Normalmente, se transmiten al individuo como expresión de la opinión pública por el medio social. Como todos pensamos que los japoneses son trabajadores porque nos lo ha dicho nuestro vecino que ha estado en Tokio, al relacionarnos con un japonés al azar, automáticamente estaremos poniéndole la etiqueta de “muy trabajador”. En el fondo, no se basan en un conocimiento real del otro. Nosotros vemos un grupo de italianos y pensamos automáticamente que van ser ruidosos. Pues no, pueden ser un grupo de mudos o monjes de paisano con voto de silencio, o un grupo de italianos traqueotomizados, etc.

Un prejuicio es un “juicio-previo”. Un “juicio” que un grupo cultural forma a propósito de otro grupo cultural o de un individuo, sobre la base de su pertenencia real o supuesta a otro grupo cultural. Generalmente, se fundan en un estereotipo, y como estos últimos, son inculcados a través de un proceso de socialización, de educación. Es decir, en el caso de los italianos, basándonos en el estereotipo correspondiente, elaboraríamos un diagnóstico previo de cómo se van a comportar. Por ejemplo, si invito a un italiano a una fiesta de cumpleaños, el prejuicio me hará suponer que será la persona una de las más ruidosas del mismo, por el “juicio-previo”.



La **multiculturalidad** es la convivencia de varias culturas en un mismo espacio, pero sin apenas interacción. Partiendo del respeto a otras culturas, deja espacio para ellas, pero no significa que haya una relación, comunicación y/o convivencia. Es una sociedad donde diferentes culturas, nacionalidades y otros grupos, viven juntos, pero sin un contacto realista y constructivo con los demás. Dentro de estas sociedades la diversidad es vista como una amenaza y normalmente representan un caldo de cultivo para los prejuicios, el racismo, la xenofobia, la homofobia, y otras formas de discriminación. Por ejemplo, veamos la metáfora de las culturas como bolas de billar: chocan entre sí, pero no se mezclan. Un paradigma de multiculturalismo es el Jerusalén de nuestros días. En él viven israelíes-judíos, cristianos-palestinos (sí, hay palestinos cristianos) y musulmanes-palestinos. Las tres poblaciones apenas se mezclan, cada cultura trata de preservarse a sí misma y el contacto se minimiza.

“La **interculturalidad**, partiendo del respeto a otras culturas, supera las carencias del etnocentrismo y añade la búsqueda de un encuentro en igualdad. Es decir, se produce una permeabilidad entre culturas, la comunicación fluye. Por ejemplo, en el Toledo desde el que escribo este módulo tenemos un claro exponente de la interculturalidad. Es la Sinagoga del Tránsito (1336 y 1357). Esta sinagoga fue construida durante el reinado de un monarca cristiano, Pedro I de Castilla, con capital en esencia judío por iniciativa de su Tesorero Real Samuel Leví y con mano de obra musulmana, lo que más tarde se denominaría arte mudéjar. La muestra es clara, hay un intercambio de conocimientos e ideas, un enriquecimiento mutuo, un respeto entre culturas para sumar, como en el principio de sinergia: “el total (el resultado), es mayor que la suma de las partes”.

Un tejido es una metáfora de la idea de interculturalidad. Una mezcla de lanas de diferentes colores, recrean un dibujo que no podría conseguirse con un solo color. Otro ejemplo: una ensalada en la que cada producto conserva su sabor, pero a la vez se enriquece con otros sabores. El tomate sabe a tomate, el aceite a aceite, la aceituna a aceituna y la lechuga a lechuga, pero la mezcla de los cuatro sabores produce un sabor nuevo mucho más apetitoso. El caso del gazpacho ya no es un modelo de interculturalidad, porque aquí se ha perdido la identidad de cada sabor, para convertirse en algo homogéneo. Cada ingrediente, sería por analogía una cultura desarticulada, como en el modelo norteamericano del “melting pot” (crisol). Eso *no* es ni interculturalidad, ni integración, es asimilacionismo.”

